

PARRAFOS SUELTOS

Cuando la Patria, en medio de general decadencia, puede decir: me restan hijos preclaros que me aman, aun no se ha perdido todo; al contrario, todo se ha ganado; porque cuando los buenos son pocos, pero firmes, se resuelven con más fe al sacrificio y es entonces que el grito patriótico del apóstol ó el gemido de dolor que por la Patria lanza el martir, tienen vibraciones de trueno, irresistibles elocuencias de verdad infinita y sus ecos despiertan dignidad en los corazones y fuerza en los brazos.

V. J. G. Discurso en el Club Republicano de Puntarenas.

Viernes 2 de Setiembre de 1898

LA NUEVA PRENSA

PALIQUE.

Cuando el carácter aprieta, la tiranía afloja; pero cuando el egoísmo y la falta de virilidad hacen que los ciudadanos encuentren siempre pretextos para no protestar enérgica y colectivamente á cada ultraje que hiera á uno de ellos, las tiranías se envalentonan, se arraigan, se convierten en crónicas y gangrenan rápidamente el organismo social; á tal punto, que la generación nueva será sorprendida encontrando tanto abyección en sus mayores, y tendrá, no hay duda, que purificar á sangre y fuego el ara mancillada donde el patriotismo hará en adelante ofrendas á la Patria. Siempre hemos estado en la brecha, reprobando con franquezas de independencia casi salvaje, ese egoísmo, esa indiferencia, esa falta dolorosa de solidaridad que exhibe al costarricense como la unidad política más digna de lástima en toda la América Latina.

Nuestra aberración, nuestro egoísmo, aunque pretenden usar careta de prudencia y previsión asoman tras ella sus apéndices, no pueden pasar desconocidos.—Desconfiamos hasta lo insultante porque es magnífico pretexto para no hacer nada y tratar de convencernos á nosotros mismos que es basada nuestra desconfianza rayana en monomanía.

Ah! somos muy hábiles en eso de inventar pretextos para acallar el grito de nuestra conciencia que nos dice: "¡Mal ciudadano, eres indigno de tener Patria!" ¡Yo que voy á hacer! Yo no necesito! Yo no me meto

en nada! Para mi me tomara! Estos, ó muy parecidos son los gritos del egoísmo en pugna con los de nuestra propia dignidad que de vez en cuando es aguijoneada por la conciencia.

¿A qué viene pronunciarse *platónicamente* contra los despotismos, si al primer amago caemos de rodillas adorando al Gobernante, ó se nos dá un ardite de todos sus avances mientras no se nos toque el número uno?

Cuan pocos son los hombres de verdadero carácter, corazones nobles capaces de todos los sacrificios, que no se doblegan ante el furioso huracán de las imposiciones ni se aduermen luego en los periodos de descanso que los Poderes ilegales conceden como preventivo eficaz contra el rebose seguro del vaso que á diario se colma. Sin embargo, como oasis en el desierto de nuestra decadencia: como estrellas en el nublado horizonte de la Patria, aun existen en la querida Costa Rica algunos caracteres firmes, algunos pechos henchidos de patriotismo, almas fuertes que no desfallecen, que aun tienen fé, y en los cuales el país cifra sus esperanzas todas de regeneración.

Esos hombres á quienes se ha procurado dañar, que han sufrido prisiones y destierro, que poseen ilustración, prestigio y popularidad incontrastable no creemos que participen del indiferentismo criminal de la generalidad y si bien por el momento dedican sus actividades todas al salvamento de sus intereses comprometidos quizá por la situación angustiosa del país en lo económico, darán oportunamente pruebas concluyentes de que para ellos aun existe la Patria. Son los pocos buenos á cuya voz se acordará el ciudadano que no es un ilotá sino un hombre libre, que forma el Pueblo y que este es el soberano siempre que de veras quiera serlo.

UN PAÍS FELIZ

En la isla de Gades, cuentan los viejos historiadores, se fundó por Adoam, rey fenicio, una importante ciudad, cuyos pobladores fueron estrictos en imitar las virtudes de aquel célebre monarca.

Allí todos los habitantes son

libres é iguales; no impera más que la ley, y sus gobernantes se doblegan sumisos ante ella. Jamás se ha oído decir que sus presidentes— pues es hoy república democrática— hayan pensado en reelecciones, ni siquiera en argucias para soliviantar el criterio público. El período presidencial es solamente de cuatro años.—Cada vez que, conforme á la constitución, se debe de proceder á cambiar el gobernante, ello se hace convocando al pueblo á elecciones, las cuales se verifican con el mayor orden, con la mayor seriedad, y, sobre todo, con el mayor arreglo á los mandatos constitucionales.

¡Ay de quien intentare transgredir la ley! ¡Ay de las autoridades que ejercieran presión en los ciudadanos para obligarlos á votar contra sus opiniones!— ¡Guay del suegro que estando en el poder hiciera donación de él á su yerno! y ¡Guay del yerno ambicioso que lo atrapare!

En aquella isla casi nunca hay guerras, y, cuando las ha habido, siempre han sido hechas en defensa de la libertad. Nunca allí se han roto hostilidades con los Estados cercanos, porque todos los mandatarios han tenido por costumbre no meterse en los asuntos que le son extraños. Nunca se les ha visto proteger revoluciones contra otros gobiernos, aunque fueran peores que el de los Calígulas. Son estrictos en sus buenos manejos, y no les importan los del vecino: y, si por desgracia, un gobernante se mete en camisa de once varas, el pueblo de la isla le mete una de fuerza.

En esa isla de Gades, la situación económica no es nunca angustiosa. Sus estadistas son muy modestos y, aunque sabios, son prudentes. De ninguna manera sacan al país de sus casillas y se concretan á mantener en todo, la normalidad.

Nunca aconsejan gastos temporáneos, ni contraen compromisos que pongan en peligro la bienandanza comercial.

Allá el cambio no está alto, si nó en relación con el valor intrínseco de su moneda, y el de la de los países con quienes negocia. No son aquellos estadistas dados á las combinaciones económicas, pues son gente, más que de imaginación, de estudio y calma.

Ellos también se han ocupado en el exámen del sistema de los colonos y tuvieron que suspender con pena sus ilustrados trabajos, debido á que dos de ellos, cuando ya lo iban entendiendo, se volvieron locos.

En materia de fomento aquel pueblo no está mal; pues tiene buenas casas de educación, un magnífico coliseo, buenas vías férreas y espléndidas carreteras. Ahora mismo, creemos que se

está construyendo un hermoso edificio, el cual según se dice, se destinará al establecimiento de una "Casa de corrección de políticos". Por ello se puede ver el adelanto social de ese país.— En cuanto á sus costumbres, puede decirse que aquel pueblo es especial. Sus diversiones son honestas, y las fiestas públicas muy cultas. Una de ellas suele verificarse cada cuatro años, después de efectuadas las elecciones para Presidente, y á la cual distinguen con el nombre de: *Paseo Nacional á la costa*. Cuando de verificar esta fiesta se trata, el presidente favorecido con el voto de sus conciudadanos, llama á todos á las armas, los alista como si en verdad fueran á combatir, y él, en persona, les despide públicamente, haciéndoles rendir el solemne juramento de: *Defender la bandera aun á costa de la vida!* Después de esa ceremonia, que á todos entenece, desfilan los batallones al son de la banda marcial, y se dirigen airosos al punto del festejo. Una vez allá, los ciudadanos se entretienen en *jugar á los soldados*; hacen simulacros de ataque y de defensa, y después de unos meses de expansión, retornan gozosos á la capital, cargando en un hombre el rifle y en el otro un gracioso *periquito*. Es esta diversión exclusivamente para el pueblo; pues los altos funcionarios, como Presidente y Ministros, se reservan un viaje de recreo por los centros de Europa, ó por las Repúblicas del Norte ó del Sur de la América.

Es, en verdad, un pueblo feliz el de Gades y, si no fuera porque el cambio está hoy en Costa Rica al 310 de premio, y con tendencias á subir quién sabe hasta donde, ya pensaríamos en dar nosotros un paseito por allá, con el fin especial de estudiar concienzudamente las instituciones de aquel país, que tanto provoca nuestra admiración.

PI PI.

CORRESPONSALES

De Puriscal.

Señor Redactor de "La Nueva Prensa",
San José.

¡Cuán felices son los pueblos que no tienen necesidades á qué atender!... Aquí no tenemos nidos de amor: colores de cielo: ojuelos graciosos: modelos de gracia: miradas de poema: modos de producir (arpegio) sonidos iguales... Por esa razón nos hemos de limitar á aquello que tienda al interés general ó al local... Aquí no hay más jardines encantadores que las cuadrillas de trabajadores en los vastos campos sembrados de maíz, arroz y frijoles, que con el machete en la mano danzan encorbados y con la mirada al suelo. Por eso notamos con senti-

miento; cómo se lastima el corazón de los pueblos, que impávidos y silenciosos tienen que mirar la sangría que se les hace de sus contribuciones!

¿Será acaso más útil y beneficioso atraer una compañía de ópera, subvencionándola con *doce mil pesos*, ó gastarse esa suma construyendo el puente sobre el Río Grande en el paso del Alumbré, límite con San Mateo, verdadera necesidad nacional?— ¡Oh! ¡qué lástima que el río no cante!

Pues señor, no ha salido cierto lo que una vez nos contaron; ni cierto tampoco es el apotegma "que el que tiene casa se apura por componerla."

+

Vimos há muchos años componiendo una de las calles de San José, pero de aquellas que se encuentran á las afueras, que si mal no recordamos llamaban de El Laberinto. Preguntamos á un amigo: hombre, ¿por qué componiendo esta calle, cuando otras más céntricas debieran componerse primero? Ah! es que por aquí vivimos *tata* y *yó*, nos contesta. Vivía por allí el inolvidable doctor Castro Madriz (q. d. D. g.) Y hoy al revez; sabemos que *tata* y otros que debieran llamarse *tatas* también por su capital, tienen hermosos y fecundos terrenos de este lado del río: terrenos que están llamando á las puertas de la industria por sus magníficas maderas, y á las de la agricultura por su exuberante suelo, y porque el maldito río, en vez de tener voz de *tenor* la tiene de *bajo*, no se ha celebrado ningún contrato, ni mucho menos se ha acordado subvención alguna. De modo que, mientras unos nos ahogamos en el río otros nos cantarán en el teatro.

¡Vaya un modo de hacer progresar al pueblo! ¡Pobres empleados! ¡Daréis vuestro 10% aunque no vayáis á oír cantar!

¿Será posible que se rebaje su sueldo á los empleados, que no se construya aquel necesarísimo, útil é indispensable puente; que no se continúe la carretera al Puriscal y otras varias obras de verdadera necesidad pública, y que en cambio se subvencione á Compañías que como la de Opera no nos dejará otra cosa que la señal de un día feliz, una *delicada querela*?

x

Borroneábamos lo anterior, cuando recibimos su periódico del 25 del q' corre; donde encontramos el elegante y bien escrito editorial "A tí suspiramos... Los desterrados, cuya magnanimidad será oída, no lo dudamos, por el ilustre viejero.

Nos asociamos á los conceptos emitidos en ese editorial, y sobre la estela luminosa que el barco deje, gravaremos la hermosa inscripción: "Hoy por mí, mañana por tí".

EL CORRESPONSAL.

Agoto de 1898.